

01 Un sistema que conduce a un callejón sin salida

“Las cosas que nos destruirán son: política sin principios, placer sin conciencia, riqueza sin trabajo, conocimiento sin carácter, negocios sin moral, ciencia sin humanidad y adoración sin sacrificio.”

Mahatma Gandhi

La situación que resulta de los factores enumerados en la Introducción, despierta recuerdos del liberalismo de Manchester. Sobre amplios sectores y vastas regiones del planeta se ha extendido, como consecuencia de la globalización bajo el signo neoliberal, un sistema económico que, antes que nada, está impregnado por la desenfrenada codicia de los poderosos.

Los argumentos más importantes de los partidarios y propagandistas del neoliberalismo en defensa y justificación de su “modelo” son: la variedad y disponibilidad de bienes materiales – dándoles igual, cómo se distribuyen estos bienes en la sociedad; la existencia de estructuras políticas liberales – que sin duda pueden ser mucho mejor aprovechadas por los acaudalados que por los no privilegiados; los desarrollos tecnológicos (sobre todo en las tecnologías de información y circulación); la desregulación de instituciones nacionales e internacionales así como la creciente integración de espacios económicos internacionales como, por ejemplo, la UE. Una ventaja adicional de su modelo sería, en opinión de los neoliberales, una mayor movilidad regional y suprarregional de los factores de producción, de los lugares de producción y de los flujos comerciales (sobre esto, ver también la visión crítica de Bach et al 2001: 157).

Que semejantes ventajas y conquistas ciertamente sólo benefician a una minoría de la población mundial, es, a comienzos del siglo XXI, una obviedad. Los frutos de este desarrollo son cosechados casi exclusivamente por aquellos individuos, empresas y naciones que triunfan gracias a circunstancias históricas especiales, al aprovechamiento despiadado de determinados privilegios y posiciones de poder y, no pocas veces, gracias también a sus propios esfuerzos iniciales (o por lo menos, a su disposición a correr riesgos). Esta iniciativa creativa siempre es resaltada por los seguidores del sistema capitalista, mientras se callan aquellos otros aspectos que comprenden los más variados privilegios, como la herencia de la riqueza que conlleva una mejor educación, las posiciones de poder conquistadas en el mercado por empresas y los lugares de privilegio de determinados países que, por ejemplo, se han configurado como paraísos fiscales.

En las últimas décadas, ni siquiera dentro de los países líderes industrializados, que en base a numerosos datos estadísticos y en base a la riqueza para todos evidente, pertenecen a los privilegiados de la sociedad globalizada, la distribución de los enormes bienes económicos se realizó bajo criterios de justicia. De ahí que un filósofo suizo (Marti 2006: 241) llegue a la idea de que “a pesar de que hace años se practica una política de reducciones impositivas

(sobre todo a favor de los ricos y supermillonarios, RR), de la desregulación de los mercados laborales y del desmantelamiento de las prestaciones sociales, el cambio prometido en relación al crecimiento y la ocupación (...) todavía se hace esperar”. Y su compatriota Ulrich, que se hizo conocido más allá de las fronteras como profesor de ética económica, se sorprende (SEK 2007: 12) de que la relación entre los salarios máximos y mínimos en las empresas helvéticas, que tradicionalmente se ubicaba de 1 a 10 o, a lo sumo, de 1 a 30, ahora hayan alcanzado el escandaloso guarismo de 1 a 500.

Obviamente, este desarrollo perverso no se limitó sólo al país alpino. La creciente polarización sociales y el surgimiento de *gated communities* (guetos de los ricos) resultaron mucho más evidentes en los Estados Unidos (Murphy et al 2002: 190-194). El sentimiento de unión y pertenencia de los norteamericanos, así determinaron estos autores, se está destruyendo por esta causa. Por un lado, los opulentos deben protegerse cada vez más con muros, rejas y guardias armados, características de las prisiones, una situación de insuperable ironía. Por el otro, la cantidad real de detenidos (o sea, en relación con el crecimiento de la población) habría aumentado dos veces y media –un desarrollo lógico irrefutable.

Lo mismo vale para otros países, por ejemplo Gran Bretaña (op.cit.: 201-203): una no menos asombrosa apertura de la “tijera” entre salarios obreros y también muchos sueldos de empleados de un lado, y los ingresos de gerentes y otros sectores de la clase alta en el lado contrario. Los progresos relativos de las décadas anteriores, de los 60 y los 70, se quejan los autores, habrían sido anulados rápidamente y sin rodeos. La misma tendencia sería verificable en muchos otros países de Europa. Se preguntaron si por lo menos los asiáticos lo harían mejor. Una pregunta más bien retórica, si se piensa en el destino que alcanzaron Tailandia y otros países del Sudeste Asiático a partir de 1997.

En casi todas partes las relaciones laborales se han vuelto más precarias. Las personas están constantemente a la búsqueda de actividades independientes. Como ocupados informales deben ejercer trabajos cada vez peor pagados y más inseguros en todo sentido. Muchos pendulan entre desocupación, trabajo por horas, trabajos aparentemente independientes bajo contrato y relación de dependencia a corto plazo... “El proletariado ha retornado” (Roth en: Widerspruch 2006a: 198).

Como ejemplo extremo, pero, de ninguna manera aislado, servirían las condiciones en varios *sweatshops* (talleres clandestinos donde se explota a los trabajadores) en el país asiático emergente Bangladesh (Spiegel Online, 21.11.2008). Las encargadas de estas fábricas textiles ganaban entre 30 y 50 euros al mes, apenas alguno o alguna de los empleados tenía un contrato de trabajo, la jornada laboral era por regla general de 9 a 14 horas, la semana laboral de seis días se respetaba en sólo dos de los establecimientos inspeccionados, las horas extras se pagaban en forma discontinua en el mejor de los casos, el 90% del personal percibía entre 14 y 30 euros al mes. Los expertos opinaron que estas condiciones de explotación deberían atribuirse a la presión de los clientes, “empresas mercantiles como Lidl” (una cadena de supermercados con domicilio en Alemania, activa internacionalmente), porque éstas “aprovechan su inmenso poder de compra para obligar a sus proveedores a producir más rápido, más barato y de manera más flexible”.

A comienzos del siglo XXI, cada vez más personas comenzaron a sospechar que un sistema económico y social basado en cimientos tan injustos y, por ende, tan frágiles, no podía durar en el tiempo. Los acontecimientos dramáticos, que sacudieron a los países centrales –sobre todo a Estados Unidos y a Europa) a partir de 2007– confirman estos temores en toda la línea.

Mientras esta crisis, que fue evaluada unánimemente por expertos economistas como la más grave desde aquella de 1930, se extendía como reguero de pólvora a casi todos los demás países industrializados, los gobiernos respectivos tuvieron que concebir a toda prisa medidas de emergencia y planes de rescate. A la cabeza de todos, Washington bombeó a su economía billones de dólares (en su mayoría, dinero electrónico) para salvar del hundimiento a gigantes como AIG, (hasta ese momento la sociedad aseguradora número 1 del mundo), a varios de los bancos más importantes del país y a las otrora renombradas empresas de la agotada industria automotriz local, el sector clave de la economía norteamericana, y a otras empresas ya mencionadas anteriormente – billones que hicieron reventar el déficit presupuestario y que pusieron en marcha el mecanismo de una bomba de tiempo inflacionaria, que podía explotar en cualquier momento.

Estas medidas financieras de emergencia dieron como resultado un “bonito lodazal” en los Estados Unidos, como debió reconocer con desconcierto el NZZ (27.09.2008), siendo que ya una semana antes, también en un editorial, había observado una “sensación de catástrofe” en los mercados financieros. Y esta “borrasca”, así se debió reconocer en Zurich, sería la consecuencia de una burbuja, que había sido alimentada a fuerza de “codicia, desmesura, petulancia, vanidad, exageración, insensatez e incompetencia”. O sea, que en opinión de los apóstoles del neoliberalismo, se estaba extendiendo un lodazal, que además se veía empeorado por increíbles maniobras fraudulentas como aquellas que un cierto Bernard Madoff había perpetrado con estafas estimadas en alrededor de 65 mil millones de dólares.

Entretanto, Estados Unidos se convirtió en pocos años de principal país acreedor al mayor deudor del mundo. Los *hedge funds* causaron estragos en la economía real más allá de todas las fronteras, se apropiaron de numerosas empresas rentables, las desmontaron y “racionalizaron” para –después de exprimirles todas las reservas posibles– volver a deshacerse de ellas (Fahrni en: Denknetz 2007: 212-217). Bajo estas visibles puntas de iceberg de la economía financiera en proliferación descontrolada descontrolada, nadaban entretanto cantidades cada vez mayores de derivados financieros (calificados por uno de los hombres más ricos del mundo, Warren Buffett, como “armas financieras de destrucción masiva”) – papeles de deuda “por un valor” de varios cientos de billones de dólares.

En muchos países, en casos donde el sector público ya hubiera tenido que intervenir con prestaciones de emergencia, furiosos contribuyentes exigieron a sus banqueros que devolvieran las groseras bonificaciones de los últimos años a sus casas bancarias al borde de la ruina, ya que al fin de cuentas se trataría de dinero de los clientes o de la comunidad. Entre diversos países, en primer lugar, Estados Unidos, Alemania y Suiza, se desencadenaron conflictos sobre cuestiones de política impositiva que fueron disputadas hasta las máximas instancias. Algunos Bancos Centrales tuvieron que oír además que, con sus acciones de rescate por cientos de miles de millones de dólares, euros o francos, sólo operaban como “seguro médico” de los supermillonarios. Cientos de miles de millones para salvaguardia de

intereses y estructuras, que prestan servicio principalmente a las clases sociales más altas, mientras los gobiernos carecían de fondos para poder brindar prestaciones sociales básicas a las clases más bajas.

Saqueo y endeudamiento

Lo que el capitalismo desenfrenado significa para la inmensa mayoría de la población, fue experimentado por América Latina tanto bajo el dominio colonial como también en las épocas del neocolonialismo – y muy especialmente en su etapa más reciente, el neoliberalismo. O sea: crecimiento y enriquecimiento para unos pocos, descalabro y pobreza para la mayoría.

El objetivo de las reformas neoliberales había sido, supuestamente, mejorar el estándar de vida de las grandes masas populares latinoamericanas con la ayuda del crecimiento de una economía lo más ampliamente liberalizada posible y, en consecuencia, también con ayuda de mayor ocupación y aumento de los ingresos. En gran parte, no obstante, aconteció lo contrario: las reformas liberales, a través de diferentes mecanismos, tuvieron efectos predominantemente negativos en las condiciones de vida de la mayoría. Al principio los sectores pobres de la población también pudieron sacar provecho de la estabilidad macroeconómica alcanzada, especialmente de la contención de las tasas de inflación, demasiado altas hasta ese momento. Progresos en la creación de puestos de trabajo regulares y en el mejoramiento de ingresos para los más perjudicados económica y socialmente, en general, no se registraron (Minkner-Bünjer en: Kurtenbach et al 2004: 93-94).

Según cálculos de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe de las Naciones Unidas (CEPAL), entre 1990 y 1999 la concentración de ingresos aumentó en todo el subcontinente. Ya antes del comienzo del imperio neoliberal (es decir, hasta fines de la década de 1970), la distribución de la riqueza en toda esta región había sido especialmente unilateral e injusta. Desde entonces, tal como indican todas las estadísticas dignas de crédito disponibles, la situación ha seguido empeorando.

Muchos países, en especial Argentina, fueron saqueados con absoluta desconsideración hasta causar la bancarrota del Estado a través del diabólico mecanismo del endeudamiento – tanto interno como externo (Rey 2006: 36-60). Este tipo de desvío en la evolución existe en América Latina desde la constitución de las repúblicas, o sea, desde la tercera década del siglo XIX. Pero desde aproximadamente 1970, sufrió un incremento dramático. Aun cuando el problema de la deuda externa aparentemente se ha atenuado en los últimos años gracias al alza constante de precios internacionales de materias primas, cuelga como piedra al cuello en muchos de los países del área.

Otra forma de saqueo, no menos infame, está representada por la denominada modernización agropecuaria. Bajo el dominio de corporaciones transnacionales que controlan el ciclo productivo y comercial completo, la vida de millones y millones de agricultores se ha convertido en verdadera servidumbre. Además este tipo de explotación se revela en muchas regiones lesionando la Naturaleza con consecuencias imprevisibles y difícilmente subsanables alguna vez (op.cit.: 21-22). Desde el punto de vista económico, social y ético, el centro del mal radica en que las multinacionales, gracias a su supremacía tecnológica y comercial, se llevan por mucho la mayor parte del valor agregado producido repartiéndola entre sus

accionistas y ejecutivos, mientras que simultáneamente se estafa a los productores con los frutos de sus esfuerzos.

Únicamente empresas agrícolas locales y grandes hacendados pueden hacerle frente –en parte– a esta forma de saqueo desde el exterior. Pero ellos a su vez roban a los pequeños productores al quedarse con su tierra, lo que sucedió y sigue sucediendo frecuentemente en América Latina. Los dramas de millones de campesinos colombianos, que en las últimas décadas fueron expropiados y dispersados por latifundistas, por bandas paramilitares al servicio de estos últimos, pero también, en mayor medida, por la mafia de la droga, porque ésta desea “invertir productivamente” sus astronómicas ganancias, son ejemplos especialmente dramáticos de esta circunstancia histórica. Otro ejemplo extremo de robo masivo de tierras, se ha registrado en los últimos tiempos también en Paraguay (NZZ, 03.02.2010). Los invasores capitalistas vienen en este caso desde el vecino Brasil.

La historia de sufrimiento de todos los pueblos originarios latinoamericanos radica decisivamente en el robo de sus tierras. Primero por parte de los señores coloniales españoles y portugueses, más tarde por aquella oligarquía burguesa, que en el siglo XIX tomó el poder de manos de los conquistadores, y hoy por multinacionales capitalistas agrarias que quieren monopolizar el suelo productivo igual que aquellos. Desde los descendientes de los aztecas y mayas en Centroamérica, pasando por los pueblos aborígenes de la Amazonia y de los Andes hasta los araucanos en el extremo Sur de América: todos fueron golpeados por el mismo cruel destino: que blancos y mestizos se apropiaran de su hábitat natural por medio de la fuerza o todo tipo de artimañas.

También son amargas las experiencias, que América Latina ha realizado en materia de inversiones extranjeras. Empresas transnacionales y círculos oligárquicos locales firmemente enraizados tienen medios y posibilidades casi a voluntad para sacar ganancias legales e ilegales de los países del Tercer Mundo, gracias a la falta de regulación efectiva mundial (Rey 2006: 27, 70, 98-110). La existencia de semejantes prácticas de explotación y saqueo está investigada exhaustivamente. Han sido analizadas y denunciadas todo el tiempo por instituciones multilaterales como la Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo (UNCTAD). Y, a pesar de eso, hasta ahora no ha sido posible correrles el cerrojo. Los intereses establecidos globalmente son –hoy como ayer– más fuertes que todas las necesidades vitales de los pueblos afectados por el saqueo y la miseria.

Los latinoamericanos debieron también llegar a la conclusión de que la continua promoción, que las naciones altamente desarrolladas hacen en favor de normas liberales y neoliberales en la economía mundial, sirven, en primer lugar y siempre, a los intereses del Norte. Que encima los ricos del mundo sólo se aferran a los principios del liberalismo, mientras este régimen pueda ser provechoso para ellos. Y que sin dudar recurren a las armas del proteccionismo, cuando conviene a sus propios intereses (op.cit.: 88-91).

Celso Furtado, uno de los más renombrados economistas no marxistas de Brasil, describió en su último estudio aparecido en 2002 “Em busca de um novo modelo”, cómo el neoliberalismo había agudizado el subdesarrollo de su país. “Brasil tiene hoy una renta diez veces mayor que en el momento en el que comencé a investigar estos problemas (a comienzos de la década de 1950; RR), pero al mismo tiempo una mayor desigualdad social, y los pobres son todavía tan

pobres como en aquel momento (...) Brasil no se ha desarrollado, sólo se ha modernizado. Un auténtico desarrollo se produce únicamente, cuando toda la población se beneficia” (citado por Guillén en: Prokla 2006: 98-100). Según Furtado, la política neoliberal condujo a una completa distorsión del sistema productivo, impidió el despliegue del mercado interno y favoreció la fuga de divisas.

El neoliberalismo y la globalización reprodujeron en América Latina las características esenciales del subdesarrollo, es decir, la coexistencia de sectores modernos y atrasados y la incontenible tendencia a la concentración de ingresos y riqueza – esto último, por cierto, no sólo en los países periféricos. “El sector exportador, que conforma el núcleo dinámico del modelo neoliberal, está prácticamente escindido del resto del sistema productivo y, debido a eso, no está en condiciones de arrastrar a todo el resto de la economía” (op.cit.: 103). Como a la economía le falta un motor interno, o sea, una base que crezca desde el interior de la sociedad para la acumulación del capital, es incapaz de incorporar el avance tecnológico y de extenderlo al resto del sistema. La inserción en la globalización neoliberal muy rara vez ha traído consigo empleo de mayor calidad. Por el contrario, ha permitido expandir la economía informal en una forma jamás vista antes y, además, ha ‘informalizado’ también el sector formal de la economía en algunos aspectos. Por lo demás, el capital extranjero casi no busca otra cosa en la periferia que mano de obra sumisa, más barata y, de ser posible, sin derechos.

Dicho de otra manera: El Sur debe subordinarse al Norte. O como describe este hecho el lingüista y politólogo norteamericano Noam Chomsky: “Todo debe estar prolijamente integrado a la economía mundial dominada por las sociedades industriales de los países capitalistas. Al Sur se le adjudica una función servil: debe proveer recursos, mano de obra barata, mercados, posibilidades de inversión y –desde hace poco– depósitos para residuos especiales de los países industriales (...) La orientación profundamente antidemocrática impulsada por la política norteamericana en el Tercer Mundo, el repetido recurso de aplicar medidas terroristas para eliminar ‘la participación política de la inmensa mayoría’, salta a la vista inmediatamente” (Chomsky 1993: 69-71).

La bandera del “libre comercio” es “alzada por aquellos que aspiran a ganar la competencia, siendo esos principios violados sin reparos, cuando los intereses propios lo demandan (...) En la Conferencia Interamericana, celebrada en febrero de 1945 en Chapultepec (México), los Estados Unidos exigieron una Carta Económica Panamericana, que debía suprimir el nacionalismo económico ‘en todas sus formas’ (...) América Latina no debía, así los gobiernos de Truman y Eisenhower, ser sometida a un ‘desarrollo industrial excesivo’, que pudiera perjudicar los intereses de los Estados Unidos. Bajo las relaciones de poder dadas, la posición norteamericana se impuso” (op-cit.: 71). Otro objetivo lo constituyó, según Chomsky, la creación de cierta forma de gobierno mundial que –libre del control democrático de las masas– asegurara a las corporaciones transnacionales y a los bancos internacionales el acceso a recursos humanos y materiales en todo el mundo. Ya que ellos precisamente deberían controlar el sistema global total (op.cit.: 94-95).

En la descripción de otros dos autores que evalúan el desarrollo al sur del Río Grande bajo la óptica de la Teología de la Liberación (Duchrow et al 2005: 168), el proceso de globalización arrasa por toda América Latina desde hace casi dos décadas de la misma forma en que devasta

a todo el resto del mundo: como un huracán. La privatización de servicios públicos, el libre comercio, la liberación de la circulación de capitales internacionales, la disolución del Estado social, el traspaso de funciones de planificación de la economía a consorcios multinacionales, la entrega de la fuerza laboral y de la Naturaleza al funcionamiento del mercado –y todo esto sólo en aras de la multiplicación del capital– en pocas palabras, han devastado el subcontinente.

Un destino llamativamente parecido han experimentado en los últimos años los europeos del Este. A los poderes que encabezan la economía mundial les interesa de esta región, no sólo las fuentes de energía (principalmente petróleo y gas), otras materias primas y determinados productos agrícolas. Algunos países parecen ser también considerados como reductos de mano de obra más barata y relativamente bien capacitada.

Después del derrumbe del régimen comunista, innumerables empresas, que habían sido de propiedad social o empresas del Estado –según cual sea la versión–, fueron liquidadas, la mayoría de las veces, a favor de la competencia de Europa Occidental o de los nuevos ricos locales a precios inconcebiblemente bajos. Todos ellos cerraron muchas unidades de producción o las convirtieron en talleres complementarios o auxiliares de las casas matrices extranjeras. Las economías nacionales de los nuevos países miembros de la UE permanecen desde entonces, casi sin excepción, en el estatus de proveedores para empresas y corporaciones del Oeste (jW, 19.05.2008).

Transcurridas dos décadas desde la gran transición, muchas regiones de los países del Este de Europa son aún consideradas pobres. De manera similar a Latinoamérica, la división social se ha agudizado sensiblemente. Juntamente con la pauperización disminuyó el nivel educativo, sencillamente porque faltaron los medios para una formación mejor. También en esta región, los inversores extranjeros –corporaciones, bancos e inversionistas particulares– en una primera etapa de “conquista”, sacaron provecho por miles de millones en forma de ganancias legales, semi-legales, ilegales y especulativas de las economías nacionales locales. La mecánica del sistema capitalista funcionó de manera igualmente lógica y, en principio, bien aceptada en el Este europeo como en todos los demás continentes.

Cuando en Occidente las olas sobrepasaron todos los diques y contenciones debido a la grave crisis estructural, también en los nuevos países del Este de la UE, súbitamente todo se vio diferente. Como en los Estados Unidos y en otras naciones industriales, creció una burbuja que tarde o temprano tenía que explotar, debido al otorgamiento de créditos hipotecarios multimillonarios a clientes de escasa o hasta ninguna solvencia. Incontables cantidades de estos créditos se “pudrieron” y arrastraron los valores inmobiliarios locales en su caída. En el balance final, más del 80% de los respectivos mercados en Bulgaria, Croacia, Hungría, República Checa, Eslovaquia, Polonia y Lituania pasaron al dominio de institutos de crédito de Europa Occidental, en Estonia incluso el 99% (jW, 11.03.2009). En general, los bancos austríacos fueron por mucho los que más se habían arriesgado. Su actividad comercial en el Este y Sudeste de Europa arrojó “fuertes márgenes”: allí “la rentabilidad del capital total de las filiales del Este de los bancos austríacos resultó ser del doble que la de las casas matrices”

(NZZ, 25.10.2011). En contraposición, los alemanes estuvieron menos presentes en los mercados del Este debido a sus compromisos con sus nuevas provincias (Bundesländer).

El neoliberalismo se impuso en todo el Este de Europa con sus correspondientes prerrogativas incondicionales para el capital. Toda la región fue tratada como una colonia, sólo se quiso extraer un máximo de rentabilidad, conquistar nuevos mercados y reducir costos. Esta política además, parece tener un carácter revanchista: los pueblos, que anteriormente “reeligieron” siempre al PC, deben sangrar ahora. Que como consecuencia del saqueo a través de corporaciones y bancos, millones de personas quedan expuestas a la miseria por la caída social, importa muy poco (Hofbauer 2007). Desde el punto de vista de las economías nacionales, este proceso se desenvuelve igual que en América Latina: Debido a importaciones desmesuradas y escasísimas exportaciones, en gran parte consecuencia de manipulaciones de precios dispuestas desde el interior de las empresas multinacionales (*transfer pricing*), surgieron enormes déficits en las balanzas comerciales y de pagos, lo que, a largo plazo, sólo puede ser “cubierto” por endeudamiento. Del mismo modo que el subcontinente americano entre el Río Grande y Tierra del Fuego, el Este de Europa es exprimido hasta la última gota a través de este mecanismo.

El latrocinio a miles de millones de trabajadores

La mecánica con la que funciona el sistema capitalista en todo el mundo, sólo permite una conclusión: miles de millones de personas, que viven en su mayoría en el Hemisferio Sur (exceptuando a Australia y Nueva Zelanda), también –y no en escasa medida– en la periferia de los países altamente desarrollados (el ejemplo del Este de Europa), son despojados del fruto de su trabajo por la ilimitada hegemonía del capital. Ellos son privados paso a paso (lo mismo acontece con minorías en los países centrales, los “*working poor*”) de sus posibilidades de educación. En contraposición a esto, el ingreso, el patrimonio y la riqueza se concentran cada vez más unilateralmente en las clases sociales más altas. Éstas consideran las posiciones y privilegios alcanzados como algo natural y sobreentendido y los defienden con todos los medios a su alcance.

El trabajo humano es el “fundamento originario (*Urgrund*) del patrimonio, que hace posible la libertad ciudadana de cada individuo”, escribió en el siglo XVII el filósofo británico John Locke, que es considerado uno de los padres del liberalismo (citado por Bontrup en: Widerspruch 2008: 32-33). En su fundamentación apegada al derecho natural, él limitó la acumulación de patrimonio a la capacidad de trabajo de cada uno. Jean-Jacques Rousseau fue un poco más allá. El famoso filósofo, uno de los más importantes precursores intelectuales de la Revolución Francesa con su teoría de la voluntad general, vio en el patrimonio privado básicamente un mal social. Pero especialmente la propiedad privada de la tierra y del capital que se produce a través del trabajo es, en el capitalismo en última instancia, la causa por la que los hombres pueden enriquecerse a costa de la Naturaleza y del trabajo de otros hombres.

Por eso en el siglo XVIII (pero también posteriormente una y otra vez), intelectuales y políticos se dejaron arrastrar a enunciados extremos que desde entonces han provocado algunas confusiones en la historia mundial. Como prototipo de esta radicalidad puede ser considerado Pierre-Joseph Proudhon con su famosa sentencia “la propiedad es un robo”. Él pensaba indudablemente en la propiedad privada que tiene unívocamente el carácter de

privilegio inmerecido o hasta de monopolio. Pero así como otras numerosas y notables formulaciones fueron falseadas posteriormente en la historia intelectual por un afán de simplificación, también la sentencia de Proudhon condujo a malentendidos.

Algunos filósofos actuales (por ejemplo Marti 2006: 231-232) distinguen por eso dos derechos de propiedad diferentes. Por un lado, aquel que corresponde al control y estructuración de nuestras propias necesidades vitales. En cuanto al desarrollo personal, su atención es indispensable. Ningún modelo democrático alternativo, subraya Marti, debería despreciar este principio de los derechos de propiedad individuales.

El concepto de propiedad capitalista implicó, por el contrario, un exclusivo derecho de disposición sobre objetos que, por regla general, son producto del trabajo de muchos seres humanos. Las patentes sobre recursos biológicos son un ejemplo adecuado de esto: “Cómo pueden reclamarse los resultados de una investigación científica, que la sociedad fomentó con financiamiento público a través de institutos de investigación (incluyendo trabajos y resultados preliminares), como propiedad privada de una empresa, que después quizá, como se vuelve cada vez más corriente, prohíbe la subsiguiente investigación” (fuera de su propio alcance legal valiéndose de las disposiciones que rigen para patentes y licencias, RR)?

Es natural que entre filósofos las opiniones choquen. El alemán Peter Sloterdijk, por ejemplo, insiste en “el más burgués de los derechos, el derecho a la inviolabilidad de la propiedad”, sin distinguir entre propiedad personal y capitalista. Justifica su posición sosteniendo que los propietarios del capital serían, a fin de cuentas, los “sostenedores” de la sociedad, y que, por lo demás, cargan con la mayor parte de la contribución fiscal nacional (FAZ, 10.06.2009). A esto hay que contraponer que naturalmente no cualquier valor agregado obtenido en la economía privada debe ser interpretado como resultado de un acto de robo o hurto. Estamos aquí frente a una cuestión de medida que no puede tener un valor científico preciso, sino sólo uno defendible éticamente y, por lo tanto, en última instancia subjetivo.

Si alguien gana 100.000, 10.000, 1.000, y hasta “sólo” 50 veces más que aquel que percibe el salario mínimo vigente establecido por ley o simplemente de facto, debe aceptar que se encuentra bajo sospecha: con ingresos tan desproporcionadamente altos algo no cierra. O bien semejante exceso es resultado del saqueo, o bien, del aprovechamiento de una ventaja monopólica a costillas de otros. Tal discrepancia, que tarde o temprano tendrá consecuencias sociales y políticas explosivas, debe ser corregida. El único camino sensato, efectivo y posible para equiparar el exceso de ganancias éticamente inaceptable y así también evitar el implícito daño de una explosión social en la economía nacional es, en mi opinión, la política impositiva. Una parte del botín, en casos extremos gran parte o incluso una parte gigantesca, debe volver a la comunidad.

Quien quiera comprender la esencia del capitalismo, no podrá evitar tomar en consideración los estudios de Karl Marx sobre esta materia. Él describió la acumulación del capital como un proceso de depredación en varias etapas y aspectos (comparar con Harvey en: Zeller 2004: 196). Un papel central juegan en esto, primero, la mercantilización (es decir, el acto de convertir en mercancías cosas que no lo son) y la privatización del suelo incluyendo la

expulsión de la población campesina; segundo, la conversión de diversos derechos de propiedad comunitarios y estatales (por ejemplo, en los últimos tiempos la provisión de agua potable) en derechos de propiedad privada; tercero, la transformación de la mano de obra en una mercancía y la supresión de formas alternativas de producción y consumo; cuarto, los procesos neocoloniales e imperialistas de apropiación de valores patrimoniales (no sólo de recursos naturales, sino también la fuga de capitales y transferencias de utilidades legales, ilegítimas o ilegales); quinto, la monetización del trueque y de los gravámenes (especialmente sobre la tierra); sexto, el comercio de esclavos y séptimo, usura, endeudamiento público y sistema crediticio.

Marx registró aquí los mecanismos del saqueo de aquellas regiones del mundo, que más tarde serían etiquetadas como Tercer Mundo o países en desarrollo, con asombrosa claridad sin haberlas pisado jamás. Muchas de sus observaciones de importancia básica se ajustan a la realidad actual de manera tan precisa como a la de su época. En especial, la comprobación de que la propiedad privada lograda por uno mismo, cada vez se verá más desplazada por la propiedad privada capitalista que descansa sobre la explotación del trabajo ajeno, sólo formalmente considerado “libre”. En el transcurso de este proceso de depredación, las ganancias de la cooperación en el devenir económico son reclamadas y usurpadas de forma privada por una minoría en constante reducción, mientras que miseria, opresión y alienación aumentan para la mayoría (Marti en: Ringger 2008: 24-25).

En la tardía Edad Media, una cantidad considerable de pequeños campesinos de Inglaterra y del continente europeo debieron experimentar cómo se desarrolló la “acumulación originaria (o primitiva)” durante el nacimiento del capitalismo. Los nobles los despojaron de la tierra utilizando gran despliegue de medios, pretextos, engaños y, no pocas veces, mediante la violencia más descarnada. Fueron expulsados y debieron entrar al servicio de otros en el campo o en la ciudad como mano de obra desposeída. En muchos lugares, la propiedad comunitaria fue abolida sin demora y su posesión anexada a la de los ricos. Este doloroso e indignante proceso de expropiación se reprodujo en el subcontinente latinoamericano (y prácticamente en todo el Tercer Mundo) casi al mismo tiempo, bajo condiciones sorprendentemente similares y continúa hasta el presente.

El capitalismo es depredación, en tanto el capitalista se apropia de manera exagerada de la ganancia, que sus trabajadores han generado junto con él como aportante del capital, dueño de la tierra y, en algunos casos, experto tecnológico, en lugar de repartirla con ellos, con sus clientes y consumidores. Segundo, cuando el capitalista en rol de banquero o ejecutivo bancario no participa a la comunidad (ahorristas e inversores) de estas ganancias, sino que las embolsa en su propio bolsillo bajo la forma de groseras “indemnizaciones” y bonificaciones vergonzosas. Y, tercero, cuando como empresario que actúa a escala transnacional estafa al fisco de uno o varios países con ayuda del *transfer pricing* (precios de transferencia) vía paraísos fiscales.

Como nadie antes, Marx descubrió con claridad esta mecánica del sistema capitalista y la describió en sus obras. Pero a mi juicio, él ha llegado a la falsa conclusión de que el remedio para esta injusta situación sería aparentemente la estatización total (que él, sin embargo,

entendió como “socialización”) de la economía. Que tan mal funciona en la práctica semejante solución extrema, será tratado dos capítulos más adelante.

Nadie sobre este planeta puede generar por sí mismo y con sus propias fuerzas cientos de millones, miles de millones y hasta decenas de miles de millones. Detrás de semejantes fortunas se esconde siempre la explotación de otros seres humanos. Siempre. Nadie puede realizar tanto esfuerzo propio. Por eso, cada vez más filósofos –no únicamente Marx y no sólo aquellos citados aquí– se abocan al fenómeno de la depredación y el latrocinio capitalistas. Estas características casi no son reconocidas como tales por la gran masa de la población, debido a que los medios –casi exclusivamente en manos privadas– evitan estrictamente estos temas. Porque las mismas corporaciones, en cuyas manos están en la actualidad la mayoría de los medios, se han convertido por el mismo mecanismo de acumulación ilimitada y, a fin de cuentas, ilegítima de capital y poder incesante en aquello que hoy son: gigantes.

Seguramente no se puede excluir la posibilidad de que muchos capitalistas alguna vez hayan comenzado con esfuerzo propio, personal (o el de los suyos en su empresa familiar) a acumular un pequeño capital de manera legítima. “Verdadera” explotación se ejerce tan pronto como una pequeña empresa comienza a crecer cada vez más y así avanza en su expansión cada vez más inescrupulosamente. La explotación de los otros no es un invento marxista, es una ley natural inherente al capitalismo y que se pone en marcha indefectiblemente, cuando la empresa tarde o temprano no se convierte en una cooperativa u otro tipo de emprendimiento comunitario orientado hacia el bien común. En el caso de la cadena comercial minorista suiza Migros, por ejemplo, esto sucedió cuando su fundador Gottlieb Duttweiler reconoció esta dinámica de explotación y transformó su establecimiento en una cooperativa, desde entonces muy exitosa.

En la actualidad, las condiciones de trabajo cada vez más precarias son las que mejor demuestran el carácter predatorio de la acumulación capitalista. Una empresa alemana de nombre Otto ha acumulado, por ejemplo, un capital de mil millones de euros porque explota a los carteros a su servicio de modo inaudito y, al mismo tiempo, también roba a los clientes con tarifas desmesuradas por la entrega de envíos postales (informe televisivo de la cadena alemana ARD, 03.08.2011). No obstante, no se podrá hacer responsable al dueño de la empresa hasta nuevo aviso, porque el sistema del que él se aprovecha para acumular montañas de ganancias, el capitalismo depredador, es reconocido por el Estado (capitalista) como legal e intangible.

Está claro que este ejemplo no es un caso aislado. Es un caso típico, que se reproduce infinitamente a nivel mundial tanto en lo grande como en lo menudo. Desde las maquilas de las zonas francas de México y El Salvador, desde Tailandia y Filipinas, en China e India tanto como en el Este de Europa: millones de seres humanos son explotados sin escrúpulos hasta la extenuación por este sistema monstruoso, que aspira únicamente a la infinitud de las ganancias.

Al mismo tiempo, el sistema crediticio y el capital financiero sirven de herramientas principales para la estafa y el robo. El Estado capitalista impone todo esto a través de su

monopolio de la fuerza y su poder de definición sobre la legalidad, y garantiza el funcionamiento de todo el sistema (Ziegler 2008: 196). Se corresponden con esto también, la deliberada devaluación por inflación de salarios y jubilaciones, el creciente endeudamiento que conduce a sectores poblacionales enteros a la servidumbre por deudas, los fraudes de ciertos bancos y corporaciones, la redistribución de valores patrimoniales mediante fusiones y adquisiciones de empresas –una rama en la que actúan sobre todo los *hedge funds*– y la expropiación de valores patrimoniales tanto individuales como también comunitarios (rentas y cajas de pensión, sobre todo en etapas de bajas bursátiles y de derrumbes, tal como demostró especialmente el caso Enron).

Las corporaciones formulan reclamos de propiedad cada vez más grotescos en los últimos tiempos. Sobre todo los países en desarrollo devienen en humilladas víctimas de una acumulación agudizada por la expropiación. Empresas transnacionales contabilizan hoy enormes ganancias adicionales por medio de la apropiación de recursos básicos para la vida (suelo, agua, riquezas naturales, flora, conocimiento) de esos países. La expropiación se asegura mediante la agudización de la protección de patentes por el denominado ADPIC (Acuerdo de la OMC-ONU sobre Aspectos Derivados de la Propiedad Intelectual relacionados con el Comercio) (Schäppi en: Widerspruch 2008: 20). Con esto se les han abierto mecanismos predatorios de acumulación totalmente nuevos. “La insistencia de los derechos sobre la propiedad intelectual en las negociaciones de la Organización Mundial de Comercio apunta a métodos con los que la obtención de patentes y licencias de material genético, transformación de semillas y de variedades vegetales son ahora implementadas contra poblaciones enteras, cuyas prácticas de cultivo jugaron un papel clave en el desarrollo de estos materiales. La biopiratería prolifera y el saqueo de las reservas mundiales de recursos genéticos para el beneficio de unas pocas corporaciones multinacionales hace tiempo que está en marcha.” (Harvey en: Zeller 2004: 197)

Por último, con la monopolización de todos los derechos de propiedad intelectual posibles, las corporaciones expropian a los investigadores y también a los Estados, que han cofinanciado su formación y su actividad. Pero si el acto de patentar sustancias, tecnologías y procesos ya parece sospechoso, el acto de patentar la vida debe ser considerado ilegítimo con mayor razón. La estrategia de las transnacionales consiste en apoderarse del conocimiento elaborado comunitariamente para su propio y exclusivo beneficio con la ayuda de patentes. Procesos de expropiación de este tipo parecen haberse convertido en una característica permanente del capitalismo (Schillinger en: Ringger 2008: 169). Tal como demostraron hace poco una vez más los acontecimientos en Medio Oriente, región rica en petróleo, la forma más brutal de imponerlos es indudablemente la guerra.

Una forma de capitalismo depredador, que no debe ser menospreciada ni en sus dimensiones ni en su importancia social, es el fraude financiero. En este aspecto, el ya mencionado caso Madoff puede ser considerado un paradigma. O como se lamentaron en un título fuera de lo común por la franqueza en relación a éste y otros *affaires* descubiertos también en los Estados Unidos los apóstoles del neoliberalismo en Zurich: “Fraude: tumor canceroso de la economía de mercado” (NZZ, 26.02.2009).

Quizá el caso más explosivo y vil de política de saqueo capitalista a nivel mundial haya acontecido en Rusia, después del derrumbe del régimen soviético en 1991 (Berger 2001: 40-50). Mientras los ciudadanos comunes debían conformarse recibiendo cada uno un “vale” por un valor de 10.000 rublos (viejos y encima muy rápidamente devaluados) en concepto de “cuota hereditaria” del capital soviético, un pequeño círculo de jóvenes empresarios surgidos prácticamente de la nada pudo beneficiarse a manos llenas con el proceso de privatización. Esta ínfima minoría de privilegiados, en algunos casos hijos de antiguos jefes del Partido y de encumbrados burócratas, que muy pronto fueron rebautizados en la jerga popular con el sobrenombre de “oligarcas”, bajo la presidencia de Boris Jelzin pudo tomar posesión y ejercer el mando sobre sectores estratégicamente importantes tales como la industria del petróleo y el gas, el área de telecomunicaciones y la explotación minera de metales no ferrosos, la extracción de piedras preciosas y el sector energético. En el regateo obtuvieron además las antiguas empresas estatales siempre a precios ridículamente bajos.

“De dónde viene el capital, quién roba cuánto durante la privatización, si los objetos son vendidos al precio real o no, nos da igual”, señalaba un alto funcionario del gobierno de Moscú (op.cit.: 42). “Lo decisivo es que surja una nueva clase propietaria lo más rápidamente posible, que convierta en el menor tiempo posible una sociedad comunista fundada en la propiedad colectiva en una sociedad basada en la propiedad privada.”

Un “proceso de reformas” parecido, aunque un poco mejor basado en lo legal, se produjo también en la década de 1990 en Argentina bajo la presidencia de Carlos Saúl Menem. Pero allí no fueron jóvenes capitalistas los que se abalanzaron sobre las empresas estatales a privatizar, sino corporaciones locales y, sobre todo, internacionales bien establecidas. También en otros países sudamericanos, especialmente en Chile bajo la fusta del general Augusto Pinochet y en Bolivia bajo la presidencia constitucional del hombre más rico de la nación, Gonzalo Sánchez de Lozada, se produjeron privatizaciones (denominadas allí “capitalizaciones”), en las que la propiedad pública se repartió como un botín bajo circunstancias francamente escandalosas.

Como una variante del fraude financiero, puede considerarse al *bail out*, práctica extendida sobre todo en los Estados Unidos. Corporaciones y bancos, que habían sido llevados por sus dueños y ejecutivos al pantano de la insolvencia por prácticas de negocios de una irresponsabilidad espeluznante, debieron ser rescatados y saneados con dineros públicos, porque eran demasiado enormes como para poder dejarlos ir a la quiebra debido a la amenaza de hundimiento de todo el sistema de economía privada (*too big to fail*). En los Estados Unidos, Gran Bretaña, Japón, Alemania y Francia fluyeron para estos fines cientos de miles de millones a expensas de la comunidad toda. En el caso de las dos naciones mencionadas en primer lugar hasta billones de dólares fueron a parar a las empresas quebradas, sobre todo del sector financiero – importes gigantescos que finalmente debieron ser solventados por los contribuyentes. Semejantes acciones, bendecidas por las más altas instancias del Estado capitalista (gobiernos y Bancos Centrales) para el rescate de millonarios y multimillonarios no son otra cosa, en realidad, que expoliaciones a las mayorías populares.

Para que se pueda tener una idea de los daños ocasionados, debería recordarse que todo lo que puede ser considerado ayuda para el desarrollo del Tercer Mundo (con todas las reservas ante este concepto) alcanzó en el año 2010 alrededor de 129 mil millones de dólares (Declaración de Berna 2011: 280). Los países ricos parecen tener poca conciencia y pocos reparos en relación al hecho de que han despilfarrado 20, 30 y hasta 50 veces más para el rescate de grandes bancos que actuaron con irresponsabilidad y de corporaciones industriales y aseguradoras arruinadas, de lo que están dispuestos a gastar en concepto de cooperación solidaria y reparación de explotación colonial y neocolonial a los pueblos mantenidos en estado de subdesarrollo.

Otra forma más de violencia estructural con carácter depredador es, finalmente, la explotación de vastos sectores del mundo con ayuda del mecanismo de deuda e intereses. Los países atrasados y faltos de medios del Tercer Mundo pagan por ese concepto a las clases dominantes de los países ricos cada año mucho más de lo que reciben de ellos como ayuda para el desarrollo (Ziegler 2008: 87). Que el saqueo de las naciones pobres a través del servicio de la deuda avanza codo a codo con la destrucción de la Naturaleza y el medioambiente en el más amplio sentido de la palabra, debe ser mencionado aquí marginalmente, a pesar de su eminente importancia. El teólogo Franz Hinkelammert se ocupa exhaustivamente de estas relaciones en una de sus obras (“Cultura de la esperanza y sociedad sin exclusión”).

Los pueblos del Tercer Mundo ya experimentaron el carácter depredador del capitalismo en su fase previa: el colonialismo. Para su ilustración permítaseme remitir ahora a la historia de esa región de los Andes, que bajo el dominio español se llamó Alto Perú y que desde la fundación de la República se conoce bajo el nombre de Bolivia. En la ciudad más grande de América Latina de aquel entonces, en Potosí, se extrajeron a partir del siglo XVI inmensas cantidades de plata del Cerro Rico. Pero los aborígenes locales no se volvieron más ricos en el proceso. Muy por el contrario: millones dejaron sus vidas por el trabajo forzoso en las minas. El mismo modelo de explotación se repitió mucho más tarde con el estaño y otros metales. De toda esta riqueza, sólo sacó provecho la rosca boliviana, el clan de dueños de las minas más productivas (Rey 2006: 27). Todavía en el umbral al siglo XXI, Bolivia sigue siendo uno de los países más pobres de América Latina.

Verdaderas lecciones para comprender los mecanismos que el capitalismo globalizado ha pergeñado para el dominio de la economía mundial son determinados estudios, aparecidos en el último tiempo, sobre el comercio internacional de materias primas (comparar con Declaración de Berna 2011). Ampliamente conocidas e investigadas en profundidad son, sobre todo, las variadas manipulaciones en relación a los bienes agrícolas. El café constituye un ejemplo especialmente ilustrativo.

Por más de 30 años, el precio del café fue regulado por el ICA (International Coffee Agreement). A través de este acuerdo los países productores y los países consumidores habían convenido rigurosas cuotas de exportación. Estos compromisos garantizaron una fluctuación limitada del precio entre 1,20 y 1,40 dólares por libra de café crudo en grano. Pero en 1989 el ICA fue liquidado por las empresas transnacionales del café. Desde entonces en el mercado mundial del café impera el derecho del más fuerte.

En 1990 los países productores exportaron granos de café por un valor aproximado de 11 mil millones de dólares. En el mismo año a nivel mundial se consumió café por casi 30 mil millones de dólares. En el año 2004 los ingresos de los productores de café por exportación se habían reducido a 5,5 mil millones. En el otro extremo de la cadena, los clientes debieron abonar 70 mil millones por su consumo de café... (Ziegler 2009: 168-171). O sea que aquí también, del mismo modo que para la distribución del ingreso, la “tijera” se abre cada vez más.

En este lapso de tiempo el mercado internacional del café pasó al control de un puñado de sociedades transnacionales: Nestlé, Sara Lee, Procter and Gamble, Tchibo y Kraft (propiedad de Philip Morris). En el promedio anual compraron más del 45% de la producción mundial de café crudo en grano. Más allá de esto, dominaron amplios sectores del tueste y la torrefacción, de la elaboración final y de la comercialización del producto.

Filósofos, investigadores sociales y politólogos de distintas procedencias han puesto nombre, han destacado y denunciado rotundamente el carácter depredador del sistema hegemónico capitalista. Un siglo después de Marx, la filósofa Hannah Arendt también llegó a la conclusión de que la acumulación capitalista equivale a un “proceso de expropiación atroz”. En el hecho de que a grandes sectores de la población “se les robe su lugar en el mundo y se los abandone a la lucha por la desnuda existencia”, ella ve la condición previa fundamental de la acumulación originaria (cit. en Marti 2006: 222). En otras palabras: el proceso de industrialización en los países centrales pudo ponerse en marcha recién a partir de la explotación despiadada de seres humanos y de la Naturaleza.

El geógrafo británico David Harvey, por su parte, apunta en relación tanto a la época colonial como a la neocolonial: “En mi opinión, la incapacidad de encaminar un proceso de acumulación duradero en el sentido de una reproducción ampliada, ha llevado a que hayan aumentado los esfuerzos para acumular por expropiación” (Harvey en: Zeller 2004: 184). Por lo tanto, él también ve en la depredación un elemento constitutivo del capitalismo, porque éste, con la polarización cada vez más extrema entre ricos y pobres que le es inherente, es mucho más lo que disgrega, que lo que integra. El suizo Christian Zeller sostiene que la acumulación por expropiación se ha convertido en una de las características centrales de la etapa actual por la que transita el capitalismo. Después de siglos de explotación abusiva de los recursos naturales, ahora hasta se produciría una “apropiación de la Naturaleza” por parte de grupos privados dominantes (Zeller 2004: 295-296).

En ocasión de un seminario del grupo Denknetz (24.05.2008 en Zurich, notas del autor), el filósofo Urs Marti calificó al capitalismo como factor de inseguridad. En este sistema social, la condición previa de la seguridad es la propiedad. El que nada posee, no puede sentirse libre. Como el capitalismo en su forma actual privaría a cada vez más personas de su propiedad, a través de este acto de expropiación también se les estaría hurtando la libertad. La libertad de los dueños del capital condiciona, en este aspecto, la falta de libertad de los otros. Cuanta más propiedad privada se concentre en cada vez menos manos, tanto mayor será la amenaza para la libertad de los desposeídos.

Finalmente para el teólogo argentino Enrique Dussel, la transferencia de ganancias desde la periferia al centro también constituye una depredación, y no sólo por apropiación de un valor

o de un valor agregado obtenido por el trabajo de seres humanos en países emergentes, sino también por el “robo de la vida humana cosificada” (Fornet-Betancourt 1994: 292-293), tal como demuestra el trágico ejemplo de la población local de Potosí mencionado más arriba. “Cuando un producto de un país pobre se vende y se exporta por un precio que está por debajo de su valor, la vida humana se sacrifica al fetiche de la ganancia. Si un producto importado por un país pobre, es vendido por encima de su valor, esto también es homicidio”, es decir, robo de las posibilidades de supervivencia de sectores de la población local. Esto es especialmente aplicable, cuando se trata de alimentos, medicinas o prestaciones básicas indispensables como la provisión de agua potable (ejemplos sobre esto en Rey 2006: 105-106).

Que el capitalismo conlleva carácter depredador, apenas puede ya discutirse. Pero esto no significa, que cada empresario privado sea a priori un ladrón. No obstante, quien “gana” cada año millones (de dólares o euros) debe, por lo menos, permitir la pregunta sobre cómo se constituyen semejantes “ingresos” astronómicos. En todo caso por el momento queda claro, que él (o ella) ha embolsado para sí una gran parte (posiblemente exagerada) de los frutos cosechados gracias al trabajo de otros. Esto sólo es posible cuando los trabajadores, que bregaron por el correspondiente valor agregado, cuando los consumidores a través de una infame formación de precios, o también cuando el fisco mediante palestra de trucos, aprovechamiento de lagunas jurídicas o evasión impositiva, han sido estafados.

Cuando a los hombres se les quita el fruto de su trabajo, cuando los privilegiados pueden acumular cada vez una porción mayor de la riqueza producida por toda la sociedad y cuando el Estado, en tanto órgano de poder, tolera esta violencia estructural ejercida por una minoría opulenta; entonces, tarde o temprano, se destruye toda posibilidad de paz duradera, de verdadera libertad y de democracia creíble. Entonces la violencia puede adoptar todas las formas posibles y encontrar todo tipo de víctimas, como se presenta de manera especialmente manifiesta en algunos países de América Latina: violencia contra mujeres, contra aborígenes, violencia de jóvenes (como en las maras de Centroamérica) contra la sociedad estructuralmente injusta, violencia contra los defensores de los derechos civiles y representantes de las organizaciones de los trabajadores, violencia de las mafias contra rivales y enemigos, y violencia también contra la Naturaleza por la depredación y la devastación irreparables.

Aun cuando en todo el mundo gran parte de la población carece de una formación política y además es mantenida a propósito en la ignorancia por una enorme mayoría de los medios masivos de comunicación, muchas personas “huelen” la complicidad de gobiernos, sectores parlamentarios y del aparato judicial con los dominadores. Los peores delincuentes económicos y los más grandes explotadores permanecen casi siempre imperturbables sin ser molestados. La sensación de impotencia frente a estos abusos y la confianza menguante en las instituciones públicas forman un campo fértil inagotable para las conductas violentas – un problema cuyas consecuencias arrastran al final a toda la sociedad (y no sólo a las clases bajas) al fondo del abismo.